

buscando a vuestro hermano ideal: Don Quijote. O, mejor, a otro hermano, a quien por gran fortuna

conozco: al Condestable Don Alvaro de Luna, o a Juan de Mena el lírico poeta de aventuras, o al mismo de Cetina, si queréis, pues figuras parecidas sois ambos, ya que en un madrigal vivís la vida toda, la del bien, la del mal . . . Pero excusadme, oh noble y gentil caballero! olvidaba de donde os viene esa hidalguía y ese porte severo y esa gracia tan ágil de vuestra cortesía; al hablar del hidalgo del solar castellano

olvidaba que todo se agrandó en vuestra mano pues tenéis todo aquello del gran señor hispano más la sangre encendida del solar mexicano!

¡Oh noble don Antonio Méndiz Bolio, salud! Salud por vuestra patria que es toda juventud y que es toda vigor!

Brindo bajo el amparo de vuestra noble casa por vos, amigo, Heraldo de esa Hermana Mayor

por cuyo espíritu hablará nuestra Raza . . . Brindo por vos . . . Salud!

Rogelio O. Oteola

San José de Costa Rica.

## La vida de los termes

= De El Sol, Madrid =

(Véase la entrega 15 del tomo en curso)

### II

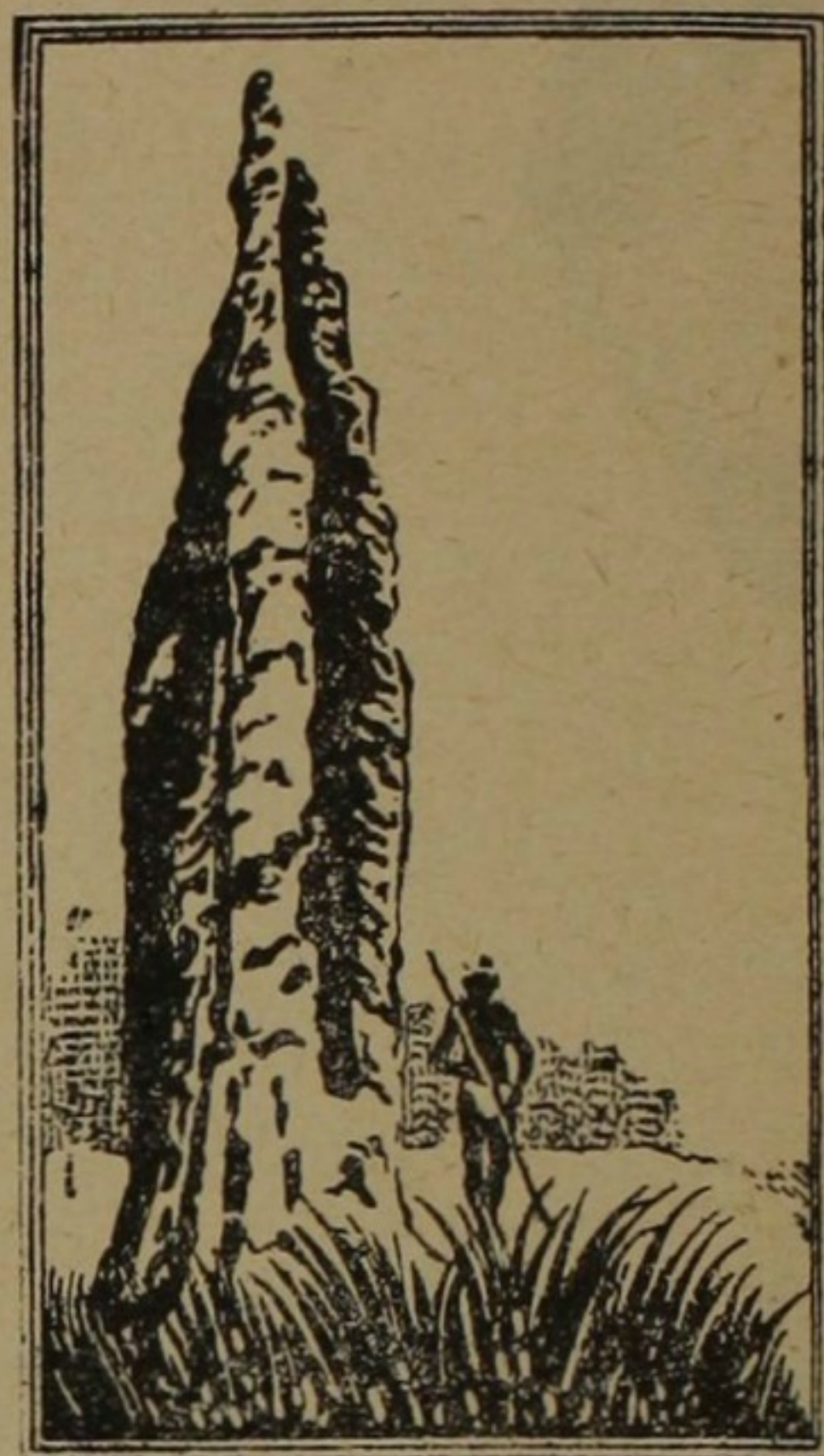
En los climas tropicales, el termes es el mayor enemigo de la obra del hombre por la principal razón de que sus estragos se cumplen secretamente. Se insinúa en las casas, barrena vigas, puertas, balcones y muebles, y muchas veces la mesa del termitólogo se ha derrumbado carcomida por el insecto. En Santa Helena, dos policías hablan bajo un árbol corpulento; uno se apoya en el tronco, y el árbol se derrumba en un montón de astillas. Un colono de Queensland vuelve a su casa a los cinco días de ausencia: todo está, al parecer intacto; pero en cuanto tropieza con un mueble éste se deshace mágicamente en una nube de polvo. Los termes corroen con salivas específicas los metales más diversos y a su través atacan los corchos de las botellas encapsuladas. En ciertas regiones del Congo, las traviesas del ferrocarril y los postes telegráficos tienen que ser renovados anualmente. En 1879, un navío de guerra que regresaba del trópico se hundió en El Ferrol súbitamente, desguazado por el *Termes Dives*. Como muchas instituciones caducas que la historia termina por derribar, las casas atacadas por el termes se tienen, huecas, en pie, mientras no se las toca.

Hay muchas especies de termes, acaso unas mil quinientas. Con ojos, sin ojos; con alas, sin alas; con buen ejército, con ejército rudimentario, sin ejército; con las tres castas muy diferenciadas o poco diferenciadas. Unas, retrasadas y primitivas; otras, civilizadas. No podemos evitar el pensamiento de que estas mil especies presentan a nuestra vista, compendiadamente y en línea, los mil estadios de la evolución de un solo animal. El termes es antiquísimo. Su origen data, según los naturalistas, de muchos millones de años. Probablemente vivió desidiado al aire y la luz, sin disciplina alguna, hasta que hace dos a tres millones de años apareció la hormiga, su enemigo implacable. Entonces los termes se sepultaron y organizaron draconianamente sus repúblicas fortificadas, dividie-

ron las funciones de la *polis* y descubrieron la eugenesia y la ovicultura. ¿"Qué sería el hombre—pregunta Maeterlinck— si hubiese encontrado, como el termes, un adversario de su talla, ingenioso, metódico, feroz, digno de él? La especie hombre no ha tenido nunca más que adversarios inconscientes, aislados." Maeterlinck parece desear una invasión de marcianos para que, hipertrofiándose el cerebro, el más tonto de los hombres sea un Newton decuplicado. Pero este deseo vacila si se observa que cuanto más se perfecciona la organización social de los termes, tanto más su vida se sepulta y encoque y obtura, tanto más miserable, ciega y repugnante es. En una "fantasmagoría" finge Ramón Gómze de la Serna la evolución del pueblo de las hormigas: "Las hormigas fueron un pueblo de sabios que llegaron a la superhombria; al principio fueron del tamaño de los hombres y eran ultravertebradas. Pero tanto se ordenaron se disciplinaron y regularon perfectamente su vida, que se volvieron un pueblo pequeño y rutinario. La muerte de la absurdidad, de la rebeldía, de la negación arbitraria, de la pereza extraordinaria, del exceso entusiasta, las disminuyó hasta ser ese pueblo visto al microscopio que son."

En esta vida inconsciente hallamos multitud de principios de nuestra actual organización, mas llevados a un extremo que únicamente los utopistas se han atrevido a pensar. De ciertas realizaciones alcanzadas por los termes hace millones de años es ahora cuando nosotros comenzamos a hablar como de vagas posibilidades. La alimentación única por el manjar más abundante, su previa digestión química, la eugénica, el aprovechamiento y depuración de todo despojo la división del trabajo, y aún más, de las mismas funciones vitales, la retribución según el trabajo y la subordinación digestiva de los ociosos, son tendencias latentes o simplemente pensadas de nuestra sociedad, que en el cono de la

proyección idealista se amplían hasta tomar las dimensiones enormes de lo irrealizable. Si nos fuera dado consumir ciertas



Nido piramidal de *Eutermes pyriformis*.

direcciones de la sociedad humana, llegaríamos como último término a un estado social muy semejante al de los termes. La primera interrogación agazapada tras estas consideraciones es la de si no será posible una sociedad perfecta más que desarrollando hasta sus últimas consecuencias el principio de economía; es decir, si la perfección definitiva de cualquier sociedad se identifica con el imperio absoluto de ese principio. A lo menos, parece que las partes más perfectas de la sociedad humana son aquellas que han podido regularse económicamente, mientras que en las demás la entrada imprevisible de factores incalculables—ensueños incluso—produce alteraciones y complicaciones incesantes. La pregunta aparece tanto más fundada cuando se piensa que esa insuperable potencia cognoscitiva, el instinto, que intuye profundamente la vida y es uno con ella, no ha encontrado otro modo de organizar una sociedad anónima para la conservación de la especie que eliminando lo que no entra en el concepto de lo económico. Hay, pues, cierta probabilidad de que un descarte o simplicación semejante sea la condición de toda sociedad perfecta siempre que de la palabra "perfecta" separemos—como aconseja Simmel en su *Sociología*—toda significación moral o eudemonista para entender con ella únicamente el ajuste exacto y el funcionamiento preciso del mecanismo social.

¿Cómo el instinto actúa para dividir primero el cuerpo social y coordinar después sus partes con engranaje tan justo? Al observar con exactitud estamos predispuestos a admitir un factor de inteligencia; los que se resisten a concederla al ter-